

“CAMBIO Y PERMENCIA EN LA HISTORIA”*Conferencia**Montserrat Huguet*

UNIVERSIDAD DE CANTABRIA. CURSO DE VERANO:

“LO NUEVO Y LO CADUCO. Innovación y obsolescencia en el pensamiento y la cultura contemporánea”*Director: Antonio Valdecantos***Laredo, 26 de agosto de 2004**

Parece que lo específico de la historia sea la descripción de los objetos de estudio bajo el aspecto del cambio y mandato de tiempo. Abordemos la historia como nos parezca más oportuno, desde una obvia simplicidad narrativa hasta una rebuscada complejidad textual, coincidiremos en que a la historia lo que le interesa en realidad es tejer un modelo verosímil de cambio. La narración histórica busca hacer relativo con respecto a otros al objeto de estudio dentro de una serie temporal. La historia pues nunca permitirá que la materia de estudio elegida se mantenga de una forma autónoma. Siendo esto así, que una nueva formación histórica no se sigue necesariamente de la anterior, si bien se apoya y se despliega a partir de ella. En ello reside el carácter abierto, siempre cambiante de la historia, a juicio de Dilthey. El carácter cambiante de la historia proviene del trato del ser con el mundo como objeto que lo trasciende y lo condiciona desde el exterior. Lo cual nos llena de un enorme sentimiento de fragilidad y de finitud ante la vida.

El carácter cambiante, creativo si queremos, de la historia supone ganancias, pero supone también pérdidas. Véanse por ejemplo las pérdidas de la memoria colectiva, fruto de que los contenidos de la conciencia colectiva

no se encuentran siempre disponibles para los nuevos sujetos de la historia. Ahora bien, el cambio o la creatividad no se manifiesta con igual intensidad y rigor en todos los asuntos de la historia. El acontecimiento por ejemplo expresa con más eficacia que cualquier otro aspecto de la historia el cambio que la permanencia. En el otro extremo, las ideas parecen ser sin embargo atemporales. Su eventual aparición o desaparición sólo es una circunstancia externa a ellas mismas. Mientras que la acción inmediata expresa el carácter creativo de la historia, las tradiciones culturales y las ideas heredadas lastran la posibilidad de un cambio histórico absoluto. Mientras que el sujeto histórico tiende a manifestar su identidad en el espacio de la innovación, las estructuras creadas por los sujetos históricos que nos precedieron, estructuras de mentalidad e institucionales, tienden a perpetuarse, a permanecer. Si el sujeto tiende a radicalizar el cambio, los armazones objetivables de la historia tienden a su eliminación. De ahí que la confrontación entre ambas actitudes llegue a dar sentido a una idea de temporalidad alimentada por el sentido común y que se fundamenta en la contingencia.

De entre todas, la principal quiebra reconocible en el tiempo histórico occidental puede haber sido la modernidad, una forma inédita de experimentar el decurso del tiempo, una ruptura fundamental con respecto a los modos premodernos de la figuración histórica. Entre la modernidad y las épocas precedentes se rompe la continuidad. La revolución de 1789 proporcionó una nueva perspectiva histórica, la génesis de una nueva conciencia. El tiempo devenía en una dimensión inmanente, algo que los sujetos desencadenan con su mismo actuar. La temporización de la historia permitió situar a la diversidad cultural en un orden secuencial. El progreso surgió como la noción que permitía establecer un antes y un después, atribuir a cada fenómeno el momento apropiado en la lógica del desarrollo de la historia.

Pero en realidad la noción de cambio en la historia tiene que ver con la propia categorización del tiempo histórico¹. De entre todos los posibles, el tiempo corto sitúa el ámbito de la experiencia inmediata, es el más ajustado a la idea de cambio tal y como dicta el sentido común. En el tiempo corto se mueven los acontecimientos, los eventos. El tiempo medio, el tiempo de las generaciones, constituye un marco temporal muy útil para hacer referencia al establecimiento de las condiciones estructurales que pretenden la permanencia, tal y como decía antes. Aquí el cambio adopta la forma de un conjunto de secuencias evolutivas de más largo alcance, lastradas por las resistencias al cambio, o bien por el establecimiento de patrones de comportamiento entre los diversos fenómenos. Finalmente, el tiempo largo, que sobrepasa al de las generaciones, nos permite observar el cambio en las condiciones estructurales fraguadas en el tiempo medio. La visión del cambio en este tiempo largo sólo puede hacerse mediante el ejercicio de la abstracción. En él observamos las grandes mutaciones, los cambios profundos de los que la experiencia humana es objeto.

En el tiempo de la experiencia inmediata, aquel que está recorrido por los eventos históricos, el cambio se expresa a menudo de forma violenta por medio de acciones tumultuarias. Irrumpe actuando como una válvula de escape de la conflictividad social en las sociedades tradicionales plenamente asentadas. Sus formas a lo largo de la historia han encajado en una tipología diversa: motines, protestas callejeras, rebeliones de esclavos, levantamientos anti señoriales, desobediencia civil, alborotos callejeros y urbanos, la destrucción de herramientas nuevas... Semejantes repertorios de protesta en

¹ Varios trabajos de R. Koselleck nos introducen en este particular. KOSELLECK, R.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 (1ª de. 1979). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Paidós, 2000. *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004. (1ª Ed.1975). KOSELLECK, R, y GADAMER: *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997.

la antesala del cambio se han dado, con mayor o menor éxito, en todos los momentos de la historia y en todos sus ámbitos, bien sean los productivos, bien los políticos². La manifestación del cambio se ha difundido y hecho pública en los medios de opinión propios de cada tiempo histórico. Desde los mentideros, las plazas públicas y mercados, las tabernas y las iglesias a los espacios restringidos a la información burguesa en los albores de la edad contemporánea: salones, teatros, periódicos. En tiempos más recientes, los *mass media* e internet³.

La idea de revolución como cambio fue utilizada por los historiadores cuando la Historia constituía un modelo de aprendizaje. La visión de la historia como progreso nos indicaba que convenía acercarse a las revoluciones del pasado porque servirían de modelo a las futuras. De tal suerte que llega a sacralizarse una historia de las revoluciones, a las que se atiende con idénticos instrumentos de indagación y reconstrucción. Si, para quienes hacían la revolución no existía más que una revolución, la suya, para los historiadores, la revolución constituye una secuencia en el eje de la discontinuidad. Nada, pues, más caduco que la revolución: un momento de ruptura para quienes están instalados en la permanencia, un momento de construcción socio-histórica para aquellos que pretenden satisfacer sus anhelos de cambio histórico.

En nuestros días, subsiste una suerte de tradición cultural que nos señala infatigablemente que somos hijos de las revoluciones, de las revueltas políticas, sociales, y culturales del cambio histórico, de las que la herencia occidental –incluso aquella que hace gala de su conservadurismo– se siente

² TILLY, Ch.: *From Mobilization to Revolution*, New York, Random House-Mc-GrawHill Publishing Co/Reading (Mass) Addison Wesley Publishing Co, 1978.

³ CASQUETE, J.: *Política, Cultura y Movimientos sociales*, Bilbao, Bakeaz, 1998.

orgullosa sin mediar vacilación. Pero la revolución, como forma drástica del cambio, como sinónimo de modernización y de progreso, expresa también la aceleración de un tiempo histórico. Constituye un concepto imperecedero cuya buena prensa indiscutible ha de cargar hoy en día sin embargo con los matices que le proporciona la condescendencia con que afrontamos el desencanto y la media sonrisa que desplegamos ante las utopías. Entendamos que la revolución seguirá siendo vista con agrado porque hace posible el orden y da sentido al sistema, porque es la expresión de la plenitud de un tiempo histórico, porque llena de expectativas las experiencias insatisfactorias de la historia vivida por las gentes. Las revoluciones “clásicas”, véase la jeffersoniana en América o la de 1789 en Francia, están recorridas, a los ojos de quienes protagonizaron las revoluciones finiseculares del XIX, por un fuerte romanticismo formalmente anti ilustrado. Siendo la Ilustración una categoría histórica caracterizada por el reclamo de un cambio medido, que reforme pero no destruya de modo virulento la permanencia de la que emana la solidez en las obras de los hombres, el héroe romántico⁴ es sin embargo la expresión anticipada de la individuación del sujeto histórico anónimo, propia de finales del siglo XX, sujeto masa a la vez que individuo particular, plural y exótico al mismo tiempo, inclasificable para los *standares* de la historia, en definitiva. Los protagonistas del cambio sienten que sus gestos y sus obras son excepcionales, niegan la posibilidad de cualquier fenómeno histórico similar.

Pero también han sido notablemente virulentas las expresiones de la resistencia al cambio. Las formas de represión, las contra insurrecciones o las contrarrevoluciones, plenamente atestiguadas, contribuyeron a afianzar la materia del cambio histórico. Toda demanda de un proceso de cambio ha ido acompañada, incluso en el caso de éxito, por una expresión de los recortes en

⁴ Acerca del mito en acción, del héroe romántico, ver LANGA, A.: “Literatura y revolución”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense, n° extraordinario, Homenaje al profesor J.U. Martínez Carreras, 2003, pp. 25-35.

los logros, que ha hecho de la permanencia de la situación previa al cambio su principal objeto de interés. Tanto es así que la permanencia en la historia se expresa si cabe con mayor virulencia que el cambio en sí mismo. Ejemplos históricos no faltan. Tampoco hay ausencia de las resistencias al cambio cuando los agentes del mismo y aquellos que promueven la permanencia divergen en profundidad. Por ejemplo, en el caso de que el cambio sea impuesto por instancias de autoridad extrema en contextos de recorte de libertades.

Habitualmente los sujetos, los agentes del cambio histórico, suelen ser los excluidos del sistema: esclavos en la antigüedad, trabajadores fabriles en los momentos álgidos de la industrialización occidental, campesinos dependientes en la Edad Media, las mujeres... o las diversas sociedades extra europeas. Con la meta puesta en el cambio histórico, estos y muchos otros agentes abandonan sus rutinas cotidianas para expresar su ira, su indignación, el sufrimiento o la desesperación por medio de hábitos de protesta más o menos pacíficos y para organizarse en la acción colectiva. Las movilizaciones señalan el rito iniciático del cambio histórico. Es curioso advertir sin embargo cómo en algunos instantes de la historia se percibe una suerte de inercia, de normalización en los rituales. Sucede en el momento previo a la contemporaneidad, cuando unos motines del pan siguen a otros con la regularidad propia de las estaciones o de los hábitos de la cosecha. La ruptura de la permanencia es entonces reproducible. Lo viejo nos confunde disfrazándose de nuevo.

A mediados del siglo XIX, el ejercicio sistemático del Capitalismo, ensayado sin cortapisas desde comienzos del XVII, viene a ser la expresión de unas transformaciones evaluables en tiempos medios y profundos. Las estructuras familiares, las productivas, las instituciones mantienen la apariencia

impertérrita de los tiempos, cuando en realidad son ellas las que han acabado por darle un vuelco profundo a la historia. El grado de eficiencia en el control de las cosas públicas deviene en un activo particular y original para la historia. ¿Cuándo se ha producido el cambio? ¿Cómo se ha efectuado el trasvase del control de los recursos? ¿De qué manera han entrado en valor bienes nuevos, intangibles en algún caso como es el del comercio financiero?. Desde la abstracción, desde el tiempo largo, adquirimos las condiciones de comprensión de lo que pudiera haber pasado durante aquellos dos largos siglos de transformaciones cautas y constantes. Las viejas formas de hostilidad y violencia hacia la permanencia emergen para hostigar sin contemplación al cambio sacramentado en nueva permanencia. Podría parecer que hemos encontrado una pauta que confiera un sentido al comportamiento de los colectivos humanos en el tránsito entre lo viejo y lo nuevo.

Nada más alejado de la realidad. Un elemento extraño ha irrumpido sin contemplaciones en la historia más reciente para hacernos borrosa la dinámica histórica entre el cambio y la permanencia. Estoy hablando de la aceleración del tiempo histórico. La aceleración de la historia en los últimos doscientos años produce un descontrol del tiempo, una desorientación mayúscula. Fruto de dicha aceleración es la distancia cada vez mayor entre las experiencias de las gentes y las expectativas de futuro⁵. Una distancia, el espacio de las experiencias y el horizonte de las expectativas, que hasta tiempos muy recientes había sido controlable por el hombre. En el tiempo reciente, la aceleración del tiempo provoca que las expectativas sean inciertas que en cualquier otro tiempo.

Pero la dimensión del cambio histórico se mide más que por cualquier otra cosa por los efectos sobre lo que somos en el presente. Es lo que

entendemos como la normalización del cambio histórico. De tal suerte que, en los distintos aspectos de su incidencia: la organización institucional, los comportamientos demográficos, las manifestaciones artísticas, las revoluciones tecnológicas, educativas o sanitarias... lo nuevo llega a convertirse en cotidiano. A pocos puede sorprenderles hoy los hábitos de la higiene, las prácticas de la legislación social, los usos ampliados del deporte, la ampliación del liderazgo femenino, o la velocidad de los tránsitos circulatorios...

Un vistazo al pasado, una revisión de la herencia histórica, que incorpora estados de permanencia, de cambio y estadios de tránsito entre ambos extremos, nos induce a sospechar que, si nos fijamos en la aspiración de universalidad que incorporan las diferentes iniciativas transformadoras, hasta cierto punto, si hacemos del mismo una lectura vital, el debate entre la continuidad y la ruptura puede llegar a carecer de fundamento. El cambio y la permanencia afrontan su convivencia en el tiempo de las generaciones que comparten una coyuntura histórica. El pertenecer a una u otra generación acarrea un conjunto de implicaciones culturales, siendo así que las disparidades generacionales en un grupo humano fuerzan fenómenos de interacción. Este proceso de relación acarrea a su vez los bien conocidos conflictos intergeneracionales, de enorme impronta, no sólo en los cambios sociales sino, a la postre, en los históricos, y hasta cierto punto en el conjunto de transformaciones que podemos considerar duraderas, esas que se incorporan al presente. Podemos entrever las tendencias históricas que expresan los cambios propuestos por las generaciones en las ideologías o en las manifestaciones artísticas y culturales⁶, en las formas de vida y del trabajo, en los hábitos religiosos.

⁶ PINDER, W.: *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa*, Buenos Aires, Losada, 1948.

Así pues, la naturaleza biológica de la historia se manifiesta como una innegable impulsora de los cambios que promueven las nuevas tendencias sociales⁷. Cada generación aprecia su tiempo histórico de una manera particular, y se expresa en la alteración sistemática de la herencia recibida, si no en todas, al menos en alguna de sus particularidades. Cada generación concibe y desarrolla un *estilo de vida*, con el que se refiere a su particular interpretación del mundo y se maneja en él⁸. La relevancia del cambio generacional en el cambio histórico parece indudable, siendo la renovación generacional lo que nos sitúa precisamente en la permanencia histórica.

Que la cultura se renueva constantemente es prácticamente una premisa de la condición de existencia en las comunidades históricas. Pero no todos los cambios generacionales han tenido siempre el mismo valor de ruptura intergeneracional. Habitualmente, la transmisión constante de la herencia cultural condiciona el relevo y crea un ámbito educativo, un espacio de valores sobre el que se construye la nueva generación. La permanencia, puede decirse, logra con la inercia de su comportamiento, construir un entramado de tradiciones históricas que la nueva generación asume aunque esté obligada a poner en tela de juicio, llegando incluso a subvertir el orden social heredado, si la interacción deviene en conflicto.

De esta forma parece evidente que, si bien el cambio vital es constante y permanente, el cambio socio histórico no tiene por qué serlo. Este tipo de cambio, vinculado, qué duda cabe, a los tiempos humanos, se comporta de

⁷ Imprescindible el texto de MANNHEIN, K.: “El problema de las generaciones”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Madrid, 1993, nº 62, pp. 193-242. (Original en alemán, edición de 1928).

⁸ Este término es utilizado por Ortega en su visión historicista de las generaciones, ORTEGA Y GASSET: *El tema de nuestro tiempo. I. La idea de las generaciones* (1923), Madrid, Revista de Occidente, 1987.

una forma arrítmica y carece de pautas reconocibles. Los conflictos por el control de los recursos, las innovaciones tecnológicas, las transformaciones económicas son en sí mismos manifestaciones del cambio histórico que poco tienen que ver con los relevos generacionales. Son las gentes que observan dichas modificaciones las que atribuyen el significado del cambio histórico a aspectos concretos del tiempo presente o en relación a algunos enfoques sobre el pasado⁹. Relativizar sin obviar la variable generacional en las teorías del cambio social e histórico permite incorporar ciertas perspectivas de índole global que, especialmente en los tiempos recientes de la historia, son absolutamente necesarias para la explicación del cambio. La convivencia generacional en un tiempo histórico determinado garantiza por lo tanto permanencia en la historia.

Pero fijémonos ahora en alguna de las supuestas conquistas que el hombre ha llevado a cabo por su intervención decidida en los estados de permanencia que actúan lastrando las posibilidades de mejora de la condición humana. Algunas de ellas se han dado una y otra vez, repetidamente. Reconoceremos que la *libertad* de los oprimidos, por yugos diversos como son el de la esclavitud o el que ejercen algunas instituciones que han dado un sentido patrimonialista a su vinculación con el hombre, viene a ser una de las más enunciadas conquistas a las que hago referencia. En ninguno de los casos en los que podamos pensar, manumisión de esclavos, abolición de leyes esclavistas, igualación en derechos civiles, liberación de presos políticos, independencias nacionales... se repite nunca el sentido que le damos a la *libertad* como eje vertebrador de una sola realidad histórica, su privación. Hay pues libertades viejas y libertades nuevas. Desde una perspectiva de la historia, unas y otras se refieren a asuntos que no tienen exactamente la misma

⁹ ARÓSTEGUI, J.: “Historia del Presente e interacción generacional”, en *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 109-142.

naturaleza aunque puedan parecerse. Hoy nadie diría que somos ingenuos si medimos la libertad en buena parte del planeta en términos de acceso a los derechos fundamentales, pero sí se nos tacharía de tales si, tal como sucedía en la Edad Media, lo hacemos en términos de disfrute de los bienes adscritos a la propiedad privada. Y todo porque los efectos del cambio histórico sobre nuestro presente establecen unas condiciones determinadas difícilmente reconocibles en otros tiempos y por otras gentes.

Cualquier categoría de la historia, transmitida como el fruto de un cambio, bajo la forma de logro y en permanencia aparentemente inapelable es sin embargo siempre nueva. El individualismo que se practica en las sociedades atlánticas del primer tercio del siglo XIX no parece reconocible en el individualismo de las mismas sociedades a principios del siglo XXI. En ambos casos sólo podemos hacer uso de dicho término para referirnos a una configuración histórica en la que el cuerpo social se alimenta de sujetos que enfatizan su “yo”. El individuo permanece, lo que cambia es el individuo. Y lo hace porque el “yo” va configurándose a partir de los matices de la historia. Cambia pues el individuo en su relación con el referente histórico, cuya transmutación, en el fondo de la escena, parece estar fuera de toda duda. Así pues, la permanencia no es más que una proyección incierta. Incierta pero muy potente, que esconde una mutación de tal calibre que deja el término “individualismo” vacío del contenido semántico que tuvo cuando se acuñó. Mientras el individuo del primer tercio del siglo XIX se afirmaba como tal en su tendencia paulatina hacia el cuerpo cívico o social, en el presente el individuo que nace precisamente en el cuerpo social, tiende hacia su individuación dentro del mismo, una individuación nueva, no reconocible en la historia, que le aparta del interés en cualquier proyección organizativa del colectivo humano, una práctica que, por otra parte, carece de predicamento en la historia más reciente.

Pero la historia como construcción no deja de ser en gran medida memoria –el deber de la memoria quedará enunciado como una permanente exhortación a que no olvidemos¹⁰- y coincidiremos en que la memoria, como instrumento de permanencia por medio de la evocación, se comporta con suma fragilidad. Todos recordamos habitualmente el cambio y no la permanencia. Siempre la ruptura, nunca la calma en la que nunca pasa nada. Recordando el cambio preservamos lo permanente porque, al referirnos a aquél, lo hacemos en relación a este. Cambio y permanencia se apuntalan mutuamente en la memoria. Para nosotros, sean las transformaciones radicales o lentas, los cambios marcan hitos sistemáticamente dispuestos en la línea del tiempo, ese eje cronológico que dibujamos a modo de síntesis del pasado para conseguir navegar con cierto rumbo por la memoria. Así, nos parece que la memoria es posiblemente una herramienta fundamental de la permanencia en la historia¹¹. Lo que no se recuerda no ha sucedido. El olvido de sus hazañas –recitamos- constituye una segunda muerte para el hombre. Pero la memoria, y más la colectiva, la que afecta a la historia, especialmente en nuestros días, tiende a la fragilidad¹². Porque la memoria, como simple evocación, puede ser aleatoria y desde luego escasamente fiable.

Por su parte, la desmemoria, que no el olvido, practicada insistentemente por individuos y por colectivos, guarda, como acto de voluntad, una enorme riqueza para la historia porque insinúa la importancia de todo aquello que no se quiere recordar¹³. Por eso, la memoria constituye en sí

¹⁰ RICOEUR, P.: *La memoria, la historia y el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, p. 504.

¹¹ TODOROV, T.: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.

¹² JENIN, E.: *Los trabajos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.

¹³ Sobre la desmemoria voluntaria, WEINRICH, H.: *El Leteo. Arte y crítica del olvido*. Madrid, Siruela, 1999.

misma un esfuerzo organizado, más de reconstrucción que de evocación libre, en el que la elección se practica, como si de un bisturí se tratase, con la extrema frialdad del cirujano. En cambio, el olvido organizado debe ser entendido como una suerte de *supresión oficial de recuerdos de conflictos en beneficio de la cohesión social*¹⁴ que parece requerir la anulación de la memoria de los intentos rupturistas o transformadores. En ciertos momentos de la narración histórica se tiende sin embargo a intentar recordar el cambio abrupto: las revoluciones, las catástrofes, los golpes de estado y otras formas de la fuerza violenta con que el cambio se expresa. Como reflujo de esta tendencia, en otros momentos se hace hincapié en la salvaguarda de la normalidad de aquellos hábitos permanentes en la sociedades, trazando con un discurso hasta cierto punto idealista un modelo de memoria en el que reina la permanencia a fin de educar a las generaciones venideras en la herencia de lo estable, sólo quebrado ocasionalmente por convulsiones erráticas. Ambas, ruptura y permanencia son dos formas extremas pero habituales en los usos de la memoria histórica. Dependen del presente, dependen de la manera con que las generaciones pretendan enfrentar su pasado, del uso que de él quieran hacer en razón de su propia naturaleza específica. Dependen del consumo que hagamos de la memoria, al preguntarnos ¿por qué? Y ¿para qué? debemos recordar¹⁵. Pese a su fragilidad, pues, la memoria se comporta como el instrumento fundamental de permanencia en la historia, constituye el nexo entre lo que fue, es y será. Al mismo tiempo, constituye el principal agente del cambio histórico porque en la tarea discursiva de la reconstrucción tiene la capacidad de crear el pasado, precisamente para vincularlo con el presente.

Si la memoria despliega ante nosotros el pasado, lo cierto es que la materia de dicho pasado es versátil; en el presente constituye una fuente de

¹⁴ BURKE, P.: *Formas de la Historia Cultural*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 65-85.

¹⁵ ARÓSTEGUI, J.: “La historización de la experiencia” en *La historia vivida...* Op. Cit, p. 161.

conocimiento inagotable, hasta cierto punto susceptible de alteraciones profundas. Pero, alterado y cambiante, el pasado nunca se evapora. El pasado permanece para ser leído por cada uno de nosotros y por todos a la vez, permanece para ser contemplado en las diversas lecturas que de él se han venido haciendo. La persistencia del pasado se expresa y se mide sin duda en la necesidad absoluta de recuerdo cuando, fruto de los estragos del tiempo y de la acción sobre la memoria por parte de quienes controlan las cosas de la historia, deviene el olvido. El silencio, el natural pero sobre todo el silencio impuesto pone en valor la crisis, la ruptura, la discontinuidad histórica, la anomalía del cambio en la inmovilidad del tiempo de los hombres, porque ante su existencia inexplicable los hombres reclaman la presencia visible de quienes fueron olvidados.

El hombre actual se rinde antes al cambio que a la permanencia, a una mudanza permanente, la de su entorno, que es más rápida que la de su propio ánimo. El ser humano se inclina cada vez más a asumir el cambio como un estado permanente en su vida. Nos domina el amor por lo nuevo, la neofilia. La expresión educación continua, instalada plenamente en nuestro contexto socio-histórico, responde precisamente a la pretensión de imprimir en nuestras vidas líneas de coherente continuidad en el cambio, por medio de la readaptación, el aprendizaje, el reciclaje. Sin embargo, ante la vorágine del cambio, nos aferramos a nuestra propia intimidad, intentando dar a nuestras vidas apariencia de continuidad y de permanencia. Persistimos en construir nuestras biografías, en dar solvencia a nuestras vidas, en explicárnoslas, en dar cuenta de ellas a los demás como si el azar, la contingencia, fuese irrelevante, y nuestra biografía el fruto de una voluntad de coherencia suprema instalada en la resistencia a la normalidad que es a fin de cuentas el cambio.